

CAPÍTULO XIV

El general don Ignacio López Rayón, jefe supremo de los independentes. — Ordena el fusilamiento de Iriarte. — Sale del Saltillo con dirección á Zacatecas. — Siguele el jefe realista Ochoa. — Acción de Piñones y derrota de Ochoa. — Continúa Rayón su marcha hacia Zacatecas — Penalidades de esta retirada. — Deserción de Ponce. — Llega Rayón á las cercanías de Zacatecas. — Don José Antonio Torres derrota al realista Zambrano en el cerro del *Grillo*. — Entra Rayón en Zacatecas. — Derrota y muerte del comandante español Bringas en Ojocaliente. — Conducta prudente de Rayón. — Convoca una junta en la que manifiesta sus ideas de gobierno. — En unión de Liceaga dirige una exposición á Calleja. — Respuesta de este general. — Verdaderos propósitos de Rayón. — Sus disposiciones administrativas. — Marcha Calleja contra Zacatecas. — Sale Rayón de esta ciudad y Calleja la ocupa sin resistencia. — Emparán derrota á Rayón en el rancho del Maguey. — Retirada del segundo á la Piedad, y luego á Zamora. — Después de dividir sus tropas se dirige á Zitácuaro. — La revolución en la comarca situada al oeste y sudoeste de Toluca. — Jefes que allí la escudillaban. — La guerrilla realista *volante*. — Sus depredaciones obligan al virey á disolverla. — Expediciones del capitán realista don Juan Bautista de la Torre. — Su crueldad. — Ataca á Zitácuaro el 22 de mayo (1811). — Su derrota y muerte. — Llegada de Rayón á Zitácuaro y sus disposiciones de defensa. — Ordena Venegas á Emparán el asedio de Zitácuaro. — Disposiciones de Calleja en Zacatecas. — Sale de esta ciudad el 16 de mayo y se sitúa en Agüascalientes. — Proyecto de armamento general formado por Calleja y adoptado por el virey Venegas. — Nueva distribución de los divisiones del ejército realista. — La orden que da á Emparán el virey modifica sensiblemente esa distribución. — Segundo ataque de Zitácuaro. — Derrota de Emparán y retirada de este jefe á Toluca. — Sucesos más notables de la guerra en el resto de Michoacán y en Nueva Galicia desde febrero hasta julio de 1811. — Diversas guerrillas mantienen la revolución en Michoacán — Proclama de don Torcuato Trujillo, comandante de las armas — Los independentes al mando de don José Antonio Torres atacan á Valladolid el 30 de mayo y son rechazados. — Segundo ataque de Valladolid en los días 20, 21 y 22 de julio. — Ventajas que alcanzan los independentes. — Súbita retirada de éstos. — Cruz envía al coronel Porlier contra los pueblos situados al sur de Guadalajara. — Derrota de los independentes en Zapotlán el 3 de marzo. — Extrema ferocidad de Cruz. — Canción elegíaca que le dedica el fraile dominico Tomás Blasco. — Derrota del cura realista Álvarez en Colotlán. — Don Pedro Celestino Negrete desbarata á su vez á los insurgentes en el mismo territorio. — Alcanza este jefe nuevos triunfos en Zapotlán y La Barca sobre el lego Gallaga. — Proclama amenazadora de Cruz.

Lejos de espirar la revolución con los mártires de Chihuahua y de Durango alzabase briosa y amenazadora en el sur de la intendencia de México, en Michoacán, Jalisco y Guanajuato, y en Zacatecas misma, que por un momento fué recobrada por las armas del rey. En la primera de esas comarcas Morelos había continuado la serie de sus victorias, arrollando á todos los jefes realistas que con él osaron medirse; Michoacán, con excepción de Valladolid, no obedecía al gobierno español ocupado como estaba su quebrado y fértil suelo por numerosas guerrillas comandadas por jefes bravos y activísimos; la Nueva Galicia regida por el férreo yugo de Cruz y de sus feroces tenientes hervía hacia el sur de Guadalajara, donde buscaron refugio muchos de los caudillos derrotados en Calderón; y Guanajuato, cuna de la independencia, también de guerrillas henchida, inspiraba serios temores á Calleja, que situado en San Luis vacilaba atender de preferencia á alguno de tantos enemigos. Aplazando por ahora el relato de los más notables sucesos que en todas esas provincias acaecieron, debemos seguir al jefe ilustre que recibiera de Hidalgo y Allende la misión de sucederles en el mando.

Rayón, en efecto, aparece desde luego como el

continuador de la alta empresa que aquéllos no tardarían en sellar con su sangre, y desde mediados de marzo (1811) debe considerársele como el centro directivo de la revolución, hasta que el curso de los sucesos hizo surgir á más importantes adalides. La patria le debe el eminente servicio de no haber flaqueado en los momentos más angustiosos del levantamiento por la independencia: en medio de la derrota y de la muerte, alzó con robustas manos y corazón entero la desgarrada bandera que se le entregaba, resuelto á salvarla de un poder triunfante á quien sólo faltaba un último esfuerzo para dar fin á la guerra; contrastado por el desaliento universal supo volver la esperanza á los ánimos desfallecidos, y la fe en la victoria tornó á lucir para muchos cuando se le vió acometer al enemigo y vencerle; y decidido á organizar la administración y la guerra, desplegó en este sentido eminentes cualidades é indomable energía que produjeron al cabo la regularidad y el orden, desconocidos antes en las filas independentes.

Ocupado en el arreglo del pequeño ejército que se había dejado á sus órdenes, supo la sorpresa y prisión de Hidalgo, Allende y los demás jefes que los acompañaban. Iriarte, que como se recordará fué el único

que logró salvarse del desastre de Acatita de Baján, se presentó en el Saltillo confirmando tan siniestra noticia, pero cara pagó éste aquella huida, porque sometido á un consejo de guerra fué sentenciado á muerte y fusilado. Rayón, al participar á los demás jefes esta ejecución, dijo que había obrado en este caso obedeciendo á órdenes que Allende le comunicó antes de partir, pues sospechaba traiciones y manejos en un jefe que tantos

motivos había dado para que se le considerase inteligente de los proyectos del enemigo, y aun con él concertado. La muerte de Iriarte, justo castigo de su reiterada desobediencia, de sus malversaciones y de la posible connivencia que á los realistas le unía, no fué de nadie sentida y demostró que Rayón no cejaría en su propósito de establecer en sus filas el orden, como elemento de victoria ¹. Y temiendo este vigilante jefe



El general don Ignacio Rayón

que los soldados de las *Provincias internas* que entre sus filas se hallaban estuviesen de acuerdo con Ochoa para entregarlo, ordenó al coronel Anaya que los desarmase.

Pero interesaba á Rayón salir del Saltillo, donde fácilmente podía ser embestido por las tropas del traidor Elizondo y las que al mando del teniente coronel don José Manuel de Ochoa se hallaban en la hacienda de la Noria, dispuestas todas á caer combinadamente sobre la capital de la provincia de Coahuila. Al frente de tres mil quinientos hombres y veintidós cañones de

todos calibres, que eran las tropas y elementos que le quedaron al separarse los primeros caudillos, comprendiéndose en el número de las primeras algunas otras que después se le unieron, salió Rayón del Saltillo el 26 de marzo con el propósito de dirigirse á Zacatecas, cuyo camino era el único que le dejaba expedito la

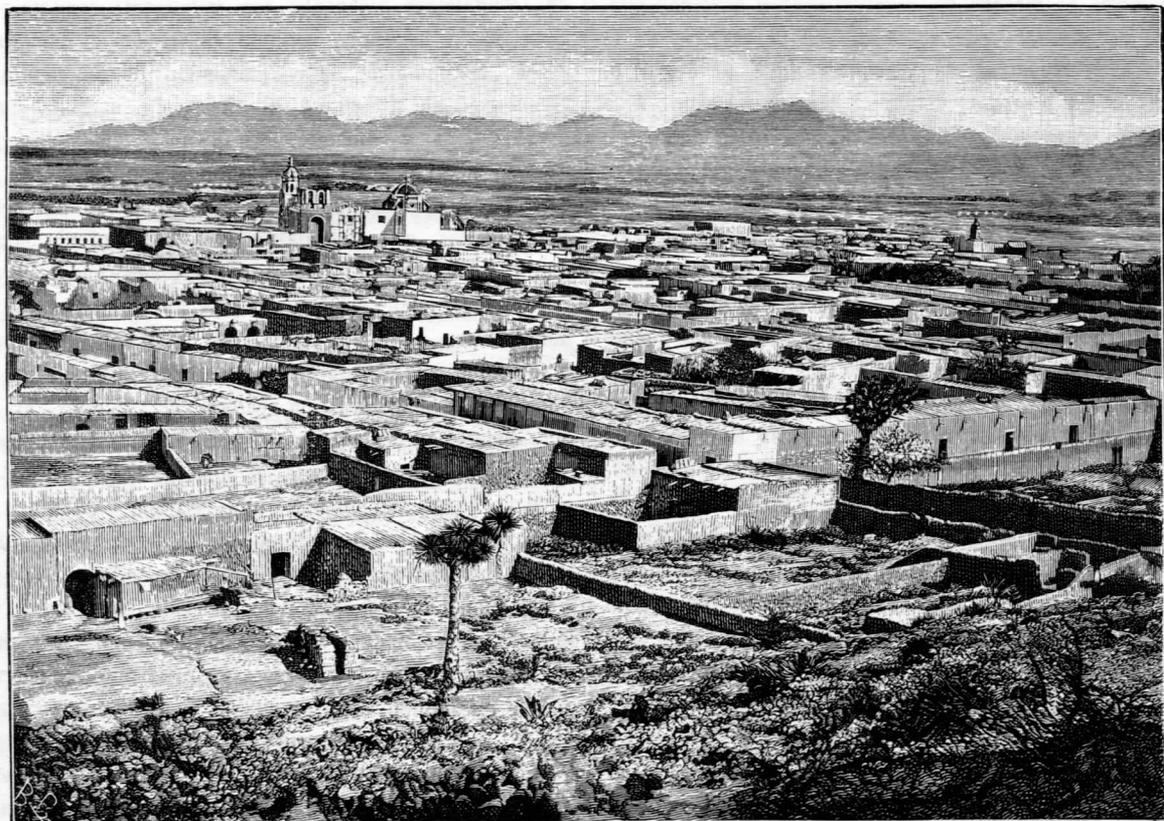
¹ Alamán dice que también se sospechó que Rayón mandase fusilar á Iriarte por no tener en él un rival. En estas reticencias y sospechas malévolas abunda la *Historia* de este autor, y como en este caso no podía censurar la disposición de Rayón, halló el modo de lastimar su memoria atribuyéndole, según sospechas, un móvil interesado y mezquino.

situación de los realistas. Los jefes que llevaba á sus órdenes eran don José Antonio Torres, don Juan Pablo Anaya, don Víctor Rosales, Villalongín, Ponce, y sus dos hermanos don José María y don Francisco Rayón.

No fueron infundadas las precauciones de Rayón. Ochoa marchaba, en efecto, hacia el Saltillo con una gruesa división de tres mil quinientos hombres, entre los que se hallaban algunos centenares de indios *lipanes*, incorporados en calidad de auxiliares. Al saber el jefe realista la salida de Rayón, dispuso cortar la retirada enviando violentamente al capitán Rivero con cien hombres á la hacienda de Patos, donde se encontraban

ya otros trescientos, y él con el resto de su sección continuó en seguimiento de los independientes. No tardó en darles alcance, y durante tres días la retaguardia de éstos fué vivamente inquietada por las guerrillas avanzadas de Ochoa, que en Agua Nueva lograron tomarle setenta y siete prisioneros. Al cuarto día Rayón, á quien se había unido el lego Villerías, resolvió presentar batalla en el lugar llamado *Puerto de Piñones*.

Formadas sus tropas en buen orden al pié de varios cerros, apoyados sus flancos por baterías hábilmente situadas sobre los mismos cerros y en la llanura que



Vista del Saltillo

era paso forzoso para los realistas, Rayón esperó con decisión el ataque en la mañana del 1.º de abril (1811). A poco fué rudamente acometido, y con tal ímpetu, que el enemigo después de arrollar su derecha, confiada á don José Antonio Torres, — á quien hemos visto entrar triunfante en Guadalajara á mediados de noviembre del año anterior, — y de apoderarse de dos cañones, penetró hasta el sitio en que se hallaban los bagajes. Atento Rayón á la importancia del punto que acababa de perderse, cargó personalmente y con tal denuedo, que logró restablecer la batalla, recobrar la artillería perdida y hacer al enemigo gran número de muertos. Rechazado Ochoa por la derecha, avanzó por la izquierda, pero se vió detenido por don Francisco Rayón y don Juan

Pablo Anaya, en tanto que la caballería de los independientes cargaba con furia sobre la de los realistas, que se puso en fuga desbaratada y confusa. Desembarazado Rayón en sus dos alas pudo echarse sobre el centro del ejército de Ochoa, pero éste se retiró precipitadamente dejando el suelo cubierto de cuatrocientos muertos, y en poder del vencedor dos cañones de á cuatro y algún armamento. Tal fué el resultado de la memorable acción de Piñones, que el mismo Alamán califica de célebre por el tesón con que en ella se sostuvieron los independientes y por haber quedado dueños del campo de batalla ¹.

¹ Véase *Biografía de Rayón en los Hombres ilustres mexicanos*, tomo III, pág. 504, y Bustamante, *Cuadro histórico*, tomo I,

Continuó Rayón su marcha hacia Zacatecas mandando quemar antes parte de sus equipajes, las carretas y los cadáveres, y enterrar dos culebrinas y dos cañones de á cuatro, por falta de mulas para su conducción. Su retirada, sin que el enemigo se atreviese ya á molestarle, fué lenta y penosa á través de áridas y despobladas llanuras donde el agua faltaba por completo, lo que causó la muerte de varios soldados y de gran número de bestias. Teníase á singular fortuna el hallazgo de charcos cenagosos y corrompidos que envenenaban á la sedienta tropa, y si algún puro manantial topaba ésta á su paso, era su posesión motivo de lucha á mano armada. Igual escasez de alojamientos, víveres y pasturas afligió la marcha de aquellos bravos soldados que, apenas contenidos hasta entonces por la energía de su jefe, dieron muestras de insubordinación al llegar al paraje de las *Animas*, donde el brigadier Ponce, á la cabeza de algunos oficiales medrosos, provocó una junta de guerra en la que éstos manifestaron el temor de un éxito funesto en tan dilatada y penosa travesía y acordaron pedir el indulto. Rayón, obligado á contemporizar, eludió sin contrariarlas abiertamente las exigencias de los oficiales, y sólo se ocupó en aliviar la situación de sus soldados. Un destacamento realista de un pueblo distante algunas leguas del camino asaltó en un desfiladero á varios de los soldados de Rayón, apresándolos y quitándoles los bagajes que conducían, cayendo prisionero, entre otros, el coronel independiente Garduño, á quien mandó azotar el comandante Larrainzar, jefe de los realistas asaltantes. Poco después, noticioso Rayón de que este último ocupaba la hacienda de San Eustaquio, abundosa en agua, ordenó al coronel don Juan Pablo Anaya que se dirigiese á desalojarlo, lo que hizo este valiente jefe sorprendiendo á Larrainzar, derrotándolo y tomándole un pequeño convoy de víveres y ropa. En este punto Ponce reconvino al general en jefe sobre el cumplimiento de lo acordado en la junta, lo que le valió una bofetada que Rayón le dió exasperado por tal exigencia, y que produjo al día siguiente la desertión de Ponce á la cabeza de doscientos soldados que iban á la vanguardia del pequeño ejército.

Este, notablemente disminuído, llegó á la hacienda de Pozo Hondo el 11 de abril, donde descansó dos días. Rayón desde este punto ordenó á Sotomayor que á la cabeza de quinientos hombres marchase á sorprender el Fresno, lo que hizo este jefe avanzando de noche y emboscándose durante el día. Al llegar á Bañón dispuso el general en jefe que don Víctor Rosales y don Juan Pablo Anaya, al frente de dos secciones de igual fuerza, le precediesen á reconocer el estado de defensa de Zacatecas, y él, llevando el resto de la tropa que ascendía á poco más de mil hombres, marchó á

situarse al colegio de misioneros de Guadalupe, distante una legua de aquella ciudad, en cuyo edificio murió el antiguo intendente de Valladolid don José María de Ansorena que desde el Saltillo le acompañaba.

La tropa de Rosales, dos días después de haber emprendido su movimiento de avance, tropezó con una partida enemiga en el lugar llamado *Pánuco* y la rechazó hasta Veta-Grande, donde unida á mayores fuerzas volvió sobre Rosales poniéndole en grande aprieto. Rayón envió en su auxilio al denodado Torres, que hizo retroceder á los realistas hasta el cerro del *Grillo*, en el que estaba situado el grueso de sus tropas al mando del comandante Zambrano. En tanto que el vencedor de Guadalajara alcanzaba tan importante ventaja, don José María Liceaga, segundo de Rayón, y don Francisco, hermano de éste, partiendo de la capilla de Guerrero, se dirigieron al Cerro de la Bufa con el propósito de establecer sobre él un campamento, pero fueron derrotados al grado de que sólo escaparon con vida los dos jefes superiores y un soldado. Compensó, y con creces, este descalabro don José Antonio Torres, quien en la noche del 14 de abril sorprendió el cerro del *Grillo*, haciéndose dueño de la artillería, de las municiones, de los víveres y de quinientas barras de plata, obligando á Zambrano á retirarse hasta Jerez con los restos de la guarnición realista ¹.

Abierta y desamparada Zacatecas á consecuencia de este triunfo, entró en ella el general Rayón el 15 de abril de 1811, después de una retirada notable en los fastos militares de la independencia, de la que un historiador mexicano ha dicho lo siguiente: «No se sabe qué admirar más en ella, si la constancia de los generales ó la fortaleza del soldado. Un puñado de hombres que nunca llegaron á cuatro mil, resto pequeño de las enormes masas que habían sido derrotadas en Calderón; cargado con el descrédito producido por las continuas derrotas hasta entonces recibidas y por la prisión de sus generales; trabajado por el desaliento de semejantes reveses y á las órdenes de un abogado que por primera vez empuña la espada y toma el título de general; un cuerpo tal emprende una retirada de ciento cincuenta leguas por un territorio enemigo, absolutamente falto de agua, víveres y alojamientos, y no sólo logra hacerla abriéndose paso por entre divisiones superiores en número y armamento, sino que la termina apoderándose de una de las principales ciudades, bien fortificada y defendida por una numerosa y aguerrida guarnición. Los españoles, que con el arresto de los primeros caudillos y la derrota de sus masas habían dado por concluída la insurrección, quedaron aturdidos del arrojo de emprender y concluir felizmente una empresa tan difícil, y los nombres de Rayón y de Torres, hasta entonces casi desconocidos,

págs. 200-203, segunda edición. — Alamán, según su costumbre, sigue en su relación el parte de Ochoa, que, como vencido, calla muchos de los pormenores de su derrota.

¹ *Biografía de Rayón en los Hombres ilustres mexicanos*, tomo III, pág. 508. — BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo I, página 205. — ALAMÁN. — *Historia de México*, pág. 262.

adquirieron tal importancia, que los jefes enemigos se vieron obligados á respetarlos ¹.» Tres días después del triunfo de Torres, el intrépido Sotomayor, que con tanta destreza como valor había sorprendido el Fresnillo y las fuerzas que lo guarnecían, atacó y derrotó en Ojocaliente al comandante español Bringas, que pereció en la acción, en la que también murieron cien de sus soldados, dispersándose los que quedaron con vida.

Ni desórdenes ni atropellos hubo de lamentar Zacatecas á la entrada del ilustre Rayón, quien tan sólo ordenó el fusilamiento de un individuo de muy malos antecedentes y que perteneció á la partida armada que puso en tan grave aprieto el día anterior á don José María Liceaga. Decidido á inaugurar un sistema político exento de persecuciones, se esmeró en respetar las vidas y las propiedades; los españoles permanecieron tranquilos en sus casas, y ofreció á los empleados públicos que continuarían en sus puestos si prestaban el juramento de adhesión al gobierno que se estableciese; y convencido de la necesidad de organizar éste y de adormecer al partido español convocó á junta á todas las corporaciones de la ciudad, manifestándoles sus ideas sobre este punto, que se reducían á la formación de un Congreso compuesto de diputados nombrados por los ayuntamientos, el clero y otros cuerpos, debiendo esta asamblea representar los derechos de Fernando VII y gobernar en su nombre mientras fuese prisionero de Francia; á dejar á los españoles en quieta posesión de sus caudales y empleos, y á que las clases, corporaciones y autoridades permaneciesen en el estado que se hallaban.

Convenidos estos puntos con la junta, Rayón y Liceaga dirigieron la siguiente exposición á Calleja, que fué llevada á su destino por don José María Rayón, el padre español Gotor, que había sido capellán del mismo Calleja, y otros tres españoles:

«El 16 del próximo pasado Marzo, momentos antes de partir los señores Hidalgo y Allende para tierra adentro, celebraron junta general con objeto de determinar jefes y comandantes de la división y parte del ejército operante destinado en tierra afuera, en lo que fuimos electos los que suscribimos con uniformidad de votos.

»Entre las resoluciones que hemos tomado como conducentes al feliz éxito de la justa causa que defendemos, y en obsequio de la justicia, natural equidad y común utilidad de la patria, ha sido la primera manifestar sencillamente el objeto de nuestra solicitud, causas que la promovieron y utilidades porque todo habitante de América debe exhalar hasta el último aliento antes que desistir de tan gloriosa empresa.

»Por práctica experiencia conocemos que no sólo los pueblos y personas indiferentes, sino muchos que militan en nuestras banderas americanas, careciendo de estos esenciales conocimientos, se hallan embargados

¹ J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 173.

para explicar el sistema adoptado y razones por qué debe sostenerse. En cuya virtud deberá V. S. estar en la inteligencia que la empresa queda circunscrita bajo estas sencillas proposiciones:

»Que siendo notorio y habiéndose publicado por disposición del gobierno la prisión que traidoramente se ejecutó en las personas de nuestros reyes y su dinastía, no tuvo embarazo la península de España, á pesar de los consejos, gobiernos, intendencias y demás legítimas autoridades establecidas de instalar una *Junta central* gubernativa, ni tampoco lo tuvieron las provincias de ella para celebrar las particulares que á cada paso nos refieren los papeles públicos, á cuyo ejemplo, y con noticia cierta de que la España toda y por partes, se ha ido vilmente entregando al dominio de Bonaparte con proscripción de los derechos de la corona y proscripción de la santa religión; la piadosa América intenta erigir un Congreso ó junta nacional bajo cuyos auspicios, conservando nuestra legislación eclesiástica y cristiana disciplina, permanezcan ilesos los derechos del muy amado Señor Don Fernando VII, se suspenda el saqueo y desolación, que bajo el pretexto de *consolidación*, *donativos*, *préstamos patrióticos* y otros emblemas se estaban verificando en todo el reino, y lo liberte, por último, de la entrega que, según alguna fundada opinión, estaba ya tratada, y á verificar por algunos europeos miserablemente fascinados de la astuta sagacidad *bonapartina*.

»La notoria utilidad de este Congreso nos excusa exponerla; su trascendencia á todo habitante de esta América, especialmente al europeo, á nadie se oculta; el que se resista á su ejecución no depende de otra cosa ciertamente sino de la antigua posesión en que el europeo se hallaba de obtener toda clase de empleos, de la que es muy sensible desprenderse con los mayores sacrificios. El fermento es universal; la nación está comprometida; los estragos han sido muchos, y se preparan muchos más; los gobiernos en tales circunstancias deben indispensablemente tomar el partido más obvio y acomodado á la tranquilidad del reino; nuestras proposiciones nos parecen las más justas, sensatas y convenientes. Tenemos noticia de haber llegado al Saltillo papeles del gobierno, pero ignoramos su contenido, porque fué un misterio que se reveló á pocos ¹. Sospechamos que franquearán alguna puerta á la pacificación del continente, y hemos suspendido todo procedimiento sobre las personas de los europeos, habiendo dejado en el Saltillo los que existían, incluso el señor Cordero, y remitiendo á V. S. los que se encontraron en esta ciudad para que en su compañía estén á cubierto de los insultos de la tropa, entretanto se acuerda lo conveniente.

»Quisiéramos á la verdad, sin que se entienda que lo hacemos por pusilanimidad, que V. S. tuviera la bondad de exponer con franqueza lo que hay en el particular, en la inteligencia de que nos hallamos á la cabeza del primer cuerpo de las tropas americanas y victoriosas, y de que garantizamos la conducta de las demás sobre la observancia de nuestras resoluciones en la consolidación de un gobierno permanente, justo y equitativo.

»Dios, etc. Cuartel general en Zacatecas, Abril 22 de 1811. — *Lic. Ignacio Rayón*. — *José María Liceaga* ².»

¹ Rayón y Liceaga aludían al oficio de Cruz dirigido á Hidalgo cuando le envió un ejemplar de la ley de indulto.

² *Campañas de Calleja*, por Bustamante, págs. 108 y siguientes. (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo III pág. 274).

La comisión encargada de poner en manos de Calleja el documento anterior lo encontró en la hacienda del Carro, en marcha hacia Zacatecas. El general español contestó en términos desabridos y altaneros que no podía entrar en relaciones con personas que carecían de representación, y terminaba ofreciendo el indulto á Rayón y á Liceaga, así como á los demás que les seguían, siempre que se acogiesen á esta gracia antes de su llegada á Zacatecas, para donde se ponía en marcha desde luego ¹. Y faltando á los derechos de la guerra mandó arrestar á don José María Rayón, y quizás lo habría decapitado si el coronel conde de Casa Rul no le hubiese proporcionado la fuga.

Es indudable que la propuesta de Rayón, así como las manifestaciones que hizo á la junta por él convocada en Zacatecas, sólo tendían á ganar tiempo para sus aprestos militares y enervar la acción de muchos partidarios del gobierno español, alucinados con el nombre de Fernando por aquél invocado. Cuál pudiera ser su adhesión á este soberano y á la monarquía nos la revelan los miembros de la Junta de Zitácuaro, de la que era presidente el mismo Rayón, en el siguiente documento que dirigieron á Morelos cuatro meses más tarde:

¹ La contestación de Calleja estaba concluida en los siguientes términos (*Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo III, pág. 280):

«He recibido el papel de VV. de 22 del presente que parece se dirige á explicar los motivos en que se funda la insurrección más impolítica, bárbara y absurda en sus fines, y la más cruel y destructora en sus medios; concluyendo en solicitar que la Majestad del gobierno se degradase hasta el punto de tratar con las reliquias de la facción, cuyos primeros cabecillas están en sus manos.

»Me dicen VV. que sostienen los derechos de nuestro amado Soberano, al mismo tiempo que le persiguen en las autoridades que legítimamente le representan, que le asesinan sus vasallos, le roban sus tesoros, que atropellan sus leyes y ponen en combustión sus pueblos, y que reducen el Reino á un estado de horror y de miseria que le expone á caer en manos del extranjero codicioso. Suponen VV. que algunos europeos intentaban entregarlo al tirano de la Europa, y no ven la contradicción y la impostura.

»Los españoles, esta nación generosa que ha dado á VV. su origen, se ha hecho admirar del mundo conocido por su constancia en resistir al tirano que ha sojuzgado los Imperios más fuertes de la Europa á que han contribuido los auxilios que le ha facilitado este Reino, y á los que VV. sin pudor llaman saqueos y estafas, cuyo socorro procuran VV. impedir, para privar á ese mismo Soberano, á quien dicen defienden, de los medios de continuar la guerra, prefiriendo que éste y aquel imperio caigan en poder del tirano. Y últimamente se suponen VV. representantes de la Nación, que los tiene elegidos legalmente y con poderes de sus respectivas provincias residen en las Cortes generales.

»Por estas mismas reflexiones vendrán en conocimiento que el gobierno no entra, ni puede entrar, en contestación con personas que carecen de esta representación; que esta será la primera y última, y que ella se reduce á decir á VV. que estando concedido por el Supremo Gobierno de la Nación el Indulto general de que tratan los adjuntos Bandos, sin embargo de haber pasado el término prescrito en ellos por evitar la efusión de sangre, y hacerles conocer la benignidad del gobierno, desde ahora declaro en favor de VV. y de todos los que les siguen dicha gracia, si en el tiempo que medie hasta mi llegada á esa ciudad se presentan á gozar el indulto, poniendo desde luego á mi disposición la ciudad, las armas, municiones y caudales que existen en su poder; bajo el concepto de que si no se aprovechan de esta gracia, que será la última, y no hacen saber á las gentes que acaudillan, usaré de todo el rigor de la justicia, y de los derechos de la guerra, y VV. serán responsables de todos los males que cause la revolución, así como han sido sus autores.—Dios guarde á VV. muchos años. Hacienda del Carro, Abril 29 de 1811.—Sres. Don Ignacio Rayón y Don José María Liceaga »

«Habrà sin duda reflejado V. E. que hemos apellidado en nuestra junta el nombre de Fernando VII que hasta ahora no se había tomado para nada; nosotros ciertamente no lo habríamos hecho si no hubiéramos advertido que *nos surte el mejor efecto*: con esta política hemos conseguido que muchas de las tropas de los europeos, desertándose, se hayan reunido á las nuestras; y al mismo tiempo que algunos de los americanos vacilantes por el vano temor de ir contra el Rey, sean los más decididos partidarios que tenemos.—Decimos vano temor, porque en efecto, no hacemos guerra contra el Rey; y *hablemos claro, aunque la hiciéramos, haríamos muy bien, pues creemos no estar obligados al juramento de obedecerlo, porque el que jura de hacer algo mal hecho ¿qué hará? Dolerse de haberlo jurado y no debe cumplirlo*. Esto nos enseña la doctrina cristiana. Y ¿haríamos bien nosotros cuando juramos obediencia al Rey de España? ¿Haríamos alguna acción virtuosa cuando juramos la esclavitud de nuestra patria? ¿O somos acaso dueños árbitros de ella para enajenarla? Lejos de nosotros tales preocupaciones. Nuestros planes, en efecto, son de independencia, *pero creemos que no nos ha de dañar el nombre de Fernando, que en suma viene á ser un ente de razón*.—Nos parece superfluo hacer á V. E. más reflexiones sobre este particular que tanto habrá meditado V. E.—Dios le guarde muchos años. Palacio Nacional de Zitácuaro, Setiembre 4 de 1811.—*Lic. Ignacio Rayón.—Dr. José Sixto Berdusco.—José María Liceaga*.—Por mandado de la Suprema Junta Nacional Americana.—*Remigio de Yarza*, secretario.—Señor teniente general Don José María Morelos ¹.»

Previendo Rayón fundadamente el resultado de sus proposiciones se apresuró á reunir y aprovechar todos los recursos que podía proporcionarle Zacatecas. Ocupóse en aumentar, disciplinar y vestir sus tropas, componer el armamento, fundir artillería y construir carros para el transporte de municiones. Para que no le faltase la moneda circulante mandó que se continuara la acuñación de la provisional ya establecida; dispuso que se abriese la mina de Quebradilla ², que estaba en frutos, y que bajasen á trabajar en ella los que quisiesen, dando al ejército la tercera parte de lo que extrajeran y que hacía beneficiar en las haciendas de Bernárdez y la Saucedá; todo esto hizo Rayón en menos de un mes que estuvo en Zacatecas, «lo cual, dice el historiador Alamán, tan rehacio en reconocer las dotes de los independientes, prueba su actividad é inteligencia.»

Temeraria más que heroica habría sido la decisión de Rayón de esperar en Zacatecas con su corto ejército, apenas en vía de disciplinarse, al fuerte y aguerrido con que avanzaba Calleja; por lo que resuelto á llevar la guerra á la provincia de Michoacán, donde por las condiciones del terreno, de los recursos más abundantes y de sus personales relaciones, creía sostenerse con mayores ventajas, salió de Zacatecas en uno de los últimos días

¹ *Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos*, tomo I, pág. 874.

² Los dueños de esta mina eran españoles emigrados en México, siendo el principal de entre ellos don Fermín Apezchea, que prestó gruesas sumas á Calleja para hacer la guerra á los independientes.

de abril dejando en la ciudad á don Víctor Rosales al frente de mil hombres con orden de abandonarla cuando Calleja estuviese á dos jornadas de distancia y de marchar á reunírsele al pueblo de la Piedad. Rayón con otros dos mil hombres, la artillería y una fuerte cantidad de numerario, se dirigió rápidamente hacia Aguascalientes con el propósito, como se ha dicho, de entrar cuanto antes en tierras de Michoacán.

Noticioso Calleja en Ojocaliente, desde el 1.º de mayo, de la salida de Rayón y del rumbo que había tomado, apresuróse á destacar en su persecución al coronel don Miguel de Emparán con tres mil hombres y seis piezas de artillería, mientras él con el resto de sus fuerzas siguió á Zacatecas, donde entró sin resistencia el 3 de mayo, pues Rosales, seducido según unos por los realistas, y estrechado como otros afirman por la aparición del cura Álvarez de Matehuala con numerosa tropa en la dirección que debía seguir en su retirada, se acogió al indulto, entregando sus soldados, todo el armamento, diez piezas de artillería y considerable cantidad de barras de plata; Calleja, á pesar del indulto que acababa de conceder, hizo fusilar á once individuos momentos después de su entrada y otros dos al día siguiente ¹.

Al mismo tiempo que el hábil Calleja recobraba á Zacatecas, Emparán y sus segundos, don Diego García Conde y Casa Rul daban alcance á Rayón en el rancho del Maguey, situado á corta distancia de la hacienda del Pabellón. Sintiendo este último jefe la aproximación del enemigo situó sus tropas sobre una loma, cubriendo el camino que seguía y una barranca que defendía su izquierda ². Avanzaron con denuedo los realistas formados en batalla con la artillería al frente y la caballería á los costados, costándoles gran trabajo marchar sobre el terreno recién labrado que los separaba de las posiciones de Rayón. Viendo éste que Emparán reunía toda su caballería para cargar sobre su derecha, hizo desfilar sus tropas en retirada por la izquierda, dejando abandonada en el campo de batalla toda la artillería y á merced del enemigo algunos fusiles, gran cantidad de municiones de guerra y casi todos los fondos que había sacado de Zacatecas. Más de cien prisioneros cayeron en poder de los realistas, y aunque los asesores con quienes consultó Emparán le propusieron que castigase á muchos de ellos con la pena de muerte, este valiente jefe, que era humano y compasivo después de la victoria, sólo ordenó, aunque muy á su pesar, el fusilamiento de cinco de aquellos que eran reos de varios asesinatos y desertores del ejército realista ³, pasando en seguida á situarse en Aguascalientes.

Después de su descalabro en el rancho del Maguey, Rayón se dirigió al pueblo de la Piedad donde esperaba hallar á la mayor parte de sus dispersos convocados para ese punto, pero al llegar á él pudo cerciorarse de que casi todos sus oficiales, apoderándose de los fondos que escaparon de caer en poder de los realistas, habían marchado en distintas direcciones decididos á obrar cada uno de ellos con entera independencia, aprovechándose para ello de los soldados que les siguieron. No por esto se abatió la ingénita actividad de Rayón, quien logró reunir treinta mil pesos y cerca de doscientos hombres, acopió armas, montó tres cañones que halló enterrados y partió para Zamora donde organizó una tropa fuerte de cuatrocientos hombres que puso al mando de don José Antonio Torres, previniéndole que marchase con ella á Pátzcuaro, donde se le reunirían el padre Navarrete y don Manuel Muñiz, comandante de Tacámbaro. Torres fué asaltado en la loma de la *Tinaja* por una sección de realistas destacada de Valladolid al mando del comandante Linares, y estaba á punto de ser desalojado, cuando llegó Rayón en su auxilio con un puñado de hombres logrando salvar al valiente Torres, que fué herido en un brazo, y arrojar al enemigo con pérdidas considerables ¹. Después de esta ventaja, las secciones unidas de Rayón, Torres, Muñiz y Navarrete, fuertes de mil y quinientos hombres, amagaron á Valladolid, cuya guarnición buscó abrigo tras las trincheras y fosos construídos por orden de Trujillo, y en seguida marcharon á Tiripitío donde Rayón distribuyó sus fuerzas destinando la comandancia de Pátzcuaro y Uruapam á don José Antonio Torres, la de Zacapu á Navarrete, la de Panindícuaro á Caneiga, la de Tacámbaro á Muñiz, y á Luna la de Acámbaro y Jerécuaro; y él, acompañado de una escolta, marchó en los primeros días de junio (1811) rumbo á Zitácuaro, donde los independientes habían alcanzado en esos días una importante victoria.

El avance del generalísimo Hidalgo hasta el Monte de las Cruces en noviembre del año precedente levantó en armas á los pueblos de su tránsito, quedando encendida en ellos la llama de la revolución aun después de su retirada hacia el interior. La vasta y poblada comarca que se halla al sudoeste y poniente de Toluca, comprendiendo en ella los valles de Temascaltepec y Sultepec y el rumbo de Zitácuaro, situado á la entrada de la tierra caliente del Sur, quedó entonces dominada por numerosas guerrillas que interceptaban las comunicaciones, atacaban los convoyes, y reunidas, no pocas veces se atrevían á resistir á expediciones en toda forma que enviaba el gobierno vireinal en su contra. Notábanse como más influyentes entre los jefes de esas *partidas* don Benedicto López, rico y patriota aunque

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo I, pág. 216. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 268.

² Véase el primer parte de Emparán dirigido á Calleja en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 283, y el segundo en la *Gaceta* de 28 de mayo de 1811.

³ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 270. — BUSTA-

MANTE. — *Campañas de Calleja*, pág. 112. Este último autor dice que el fusilamiento de estos cinco prisioneros, aunque apoyado por el dictamen de los asesores, costó muchas lágrimas á Emparán.

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo I, pág. 215.

ignorante labrador de las cercanías de Zitácuaro, don Tomás Ortiz, sobrino del cura Hidalgo y minero de Saltepec, el fraile franciscano Orcilles y un antiguo albéitar de Toluca llamado Carrasco.

Atendió Venegas á este nuevo peligro organizando una guerrilla que llevó el nombre de *volante*, en la que se alistaron muchos foragidos, en su mayor parte españoles; pero fueron tales los robos, asesinatos y violencias á que se entregaron los que la formaban, que el gobierno de Venegas, nada compasivo con los pueblos que favorecían la revolución y poco escrupuloso en impedir los excesos de los realistas, se vió en la necesidad de extinguirla ¹ sustituyéndola con una sección de tropas al mando del capitán don Juan Bautista de la Torre, dándole como segundo al de la misma graduación don Ventura Mora. Era el primero un español de las montañas de Santander, cruel, duro y fanático, quien veía á los insurgentes no sólo como vasallos rebeldes sino también como excomulgados. Mora era también cruel y sanguinario.

Dió principio Torre á sus asoladoras correrías hacia mediados de enero (1811) incendiando el pueblo de Cacalomacán y degollando á los vecinos del mismo que no pudieron fugarse. Pocos días después hizo cosa igual en el pueblo de San Antonio, y á principios de marzo desalojó de las alturas que dominan el lugar de Santiago del Cerro á las guerrillas que las ocupaban. Siempre llevando en pos de sí el incendio y la muerte, recorrió la Asunción, Malacatepec, San Mateo, Amanalco y Temascaltepec, fusilando á varios jefes independientes y quitando varias piezas de artillería á las tropas de la insurrección. En abril cayó sobre el pueblo de Jocoitlán ² que asoló y quemó, «teniendo el particular gusto, dice en su parte al virey, de dejar en el campo más de cuatrocientos cadáveres,» y luego continuaba: «En obsequio de la verdad puedo asegurar á V. E. que quedó bien castigado el execrable atrevimiento que tuvieron los obstinados insurgentes de Jocoitlán. Tan severo escarmiento creo ponga freno á los enemigos de Dios, del rey y de la patria, á quienes, si así no se verificare, perseguiré mi valiente división hasta lograr su total exterminio.»

En medio de aquella vasta comarca asolada por la división del sanguinario y fanático Torre, alzábase en Zitácuaro don Benedicto López, en cuyo derredor se agruparon los vecinos de los pueblos que aquél había incendiado y á quien juraron inexorable venganza. El jefe

¹ J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 182. Alamán, que sigue á Mora en esta parte, omite hablar de los atentados de la *volante* y se limita á decir que para perseguir á las guerrillas se establecieron partidas de voluntarios sostenidos por suscripción, pero que siendo esto insuficiente, dió el virey el mando de aquel territorio al capitán Torre.

² Partes de Torre publicados en la *Gaceta* de 11 de enero, 11, 19 y 31 de marzo y 20 y 23 de abril de 1811. — Alamán, siempre prolijo al hablar de los movimientos de las tropas realistas, dedica doce páginas á las correrías de Torre.

realista, unido con la sección de Mora y la de Torrescano, emprendió su marcha hacia Zitácuaro, y en la mañana del 22 de mayo su infantería, á las órdenes de Mora, avanzó contra las posiciones de los independientes defendidas por los jefes López y Oviedo, que sostuvieron la primera carga con firmeza, y cuando vieron vacilar la fuerza de Mora la atacaron á su vez con tanta resolución que la derrotaron en pocos momentos y siguieron su alcance tan de cerca que llegaron á mezclarse vencedores y vencidos. Mora y Piñeira, que iban al frente de la columna, perecieron, y los pocos fugitivos que escaparon á la matanza se pusieron al abrigo de una batería que Torre mandaba en persona y que se había quedado algo distante del campo de batalla.

En vano procuró éste dar una segunda carga: la tropa rendida de fatiga y atemorizada por la tenaz resistencia que acababa de encontrar, sólo pensó en la retirada, que se emprendió con gran desorden por el cañón ó puerto de San Miguel, cuya entrada se halló cubierta con grandes montones de piedra. Detenidos ante este obstáculo y seguidos por los independientes al mando de López y Oviedo, rindiéronse los realistas que iban á la vanguardia entregando sus armas y cañones. Torre, entretanto, que si era cruel con los vencidos no mostraba grande aliento en el campo de batalla, guiado por el cura Arévalo de Tlalpujahua y seguido de trescientos hombres, huía por estrechas veredas y lograba llegar hasta cerca de la hacienda de Laureles; obligado á retroceder desde allí para no caer en manos de los indios, fué hecho prisionero por el mismo López, y las gentes de éste, poseídas de furor al ver al fin entre sus manos al que les había hecho sufrir tamaños males, se echaron sobre él y lo hicieron pedazos en pocos momentos. Así acabó aquel malvado, que ávido de sangre y de exterminio asoló, incendió y mató á cuantos cayeron en sus manos, y que parecía el genio de la destrucción. Su tropa, en número de setecientos hombres, fué hecha prisionera, salvándose algunos que llevaron la noticia del desastre; y tres piezas de artillería y gran cantidad de armas, municiones y pertrechos quedaron también en poder de los independientes vencedores.

Supo Rayón en Tusantla la victoria alcanzada por don Benedicto López, y considerando las ventajas que pudiera ofrecerle Zitácuaro salió á principios de junio con dirección á este lugar, como hemos dicho más arriba. El valiente López se puso desde luego á sus órdenes, y seguros ambos de que muy pronto serían atacados, adoptaron con empeño todas las medidas que exigía una vigorosa defensa.

Hállase situada Zitácuaro en una ladera y en algunas lomas bajas, circuída casi al alcance del cañón de elevados cerros, sin más entradas que tres profundas abras conocidas con los nombres de San Mateo, Tuxpan y los Laureles, y las veredas que conducen á Anganguero y Malacatepec, apenas transitables para gentes de á pie.

De esta situación particular supo sacar partido Rayón para fortificarse. «A las defensas naturales de Zitácuaro, dice Alamán, añadió el jefe independiente las del arte, abriendo una zanja de cinco varas de ancho alrededor de la población, en un perímetro que no bajaba de una legua, la que se inundaba según convenía por medio de una gran presa de una hacienda situada por el rumbo de Tierra caliente, y también se anegaba y se hacía impracticable mucha parte del terreno adyacente. Construyó detrás de esta zanja un parapeto con doble estacada de tres varas de ancho, y en los parajes accesibles de la línea colocó baterías, aumentando diariamente el número de sus cañones con la fundición que estableció. Los caminos que conducían al pueblo los obstruyó con zanjas y batidas de árboles, é hizo retirar ó destruir los forrajes y víveres en todas direcciones ¹.»

La derrota y muerte del malvado Torre sorprendieron desagradablemente al virey, no acostumbrado á semejantes reveses, pues este era el más completo que había sufrido el gobierno español por fuerzas casi iguales á las suyas. Creyó necesario reparar cuanto antes el brillo de sus armas, y mientras disponía el cuerpo de ejército que debiera marchar hacia Zitácuaro, ordenó que el teniente coronel Castro y el mayor Alonso se situasen en Tultenango. Ambos jefes, antes de colocarse en este punto, habían batido algunas pequeñas partidas de independientes en Calpulalpam, hacienda de San Francisco, y cerro de la Magdalena, próximo á Huichapam ², quitando en este último á los independientes don Mariano Aldama y Chito Villagrán dos cañones de á ocho y tres pedreros. Pero las divisiones unidas de Castro y Alonso, suficientes para contener algún tanto el progreso de la revolución por el rumbo de Zitácuaro, no bastaban á atacar esta importante población, por lo que Venegas ordenó á Emparán, subordinado de Calleja, que emprendiese el asedio uniéndose con la sección del teniente coronel Castro.

Calleja, que como dijimos había entrado en Zacatecas el 3 de mayo, publicó un bando en el que aseguró á los habitantes que las armas realistas no se proponían otra misión que la de afirmar el orden y afianzar los derechos del soberano; declaró nuevamente el indulto otorgado por el virey sujetando su aplicación al reglamento publicado en San Luis, que á fuerza de excepciones nulificaba la gracia concedida; ordenó que saliesen de la ciudad, en el término de veinticuatro horas, las personas que no tuviesen radicación en ella, y dictó diversas disposiciones referentes á la circulación y acuñación de moneda. Nombró intendente al teniente coronel don Martín de Medina; para la seguridad de Zacatecas levantó cinco compañías de infantería, una de

caballería y otra de artillería; y ordenó al cura Álvarez de Matehuala, ardiente partidario de la causa realista, que marchase con su división á castigar á los indios de Colotlan, que habían tomado partido por la revolución ¹.»

Terminada su misión en Zacatecas salió de esta ciudad el 16 de mayo y se situó en Aguascalientes, desde donde propuso al virey, en 8 de junio, un plan de armamento general del reino ². Este plan, adoptado por

¹ BUSTAMANTE. — *Campañas de Calleja*, pág. 115.

² El plan formado por Calleja se halla en las *Campañas de Calleja* de Bustamante, pág. 119 y siguientes, y en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 289, y atendida su importancia lo copiamos á continuación:

«*Proyecto de reglamento para armar al reino y pacificar el país*:

»ART. 1.º Las divisiones de los ejércitos se estacionarán en puntos que, sin necesidad de grandes marchas, puedan acudir á destruir las gavillas, que por su número den que temer á los pueblos, procurando evitar su reunión con actividad y celo, á cuyo efecto estarán obligadas todas las justicias, dueños ó administradores de haciendas á dar cuenta al comandante de la división de cualquiera reunión que adviertan; y el que no cumpliere exactamente con este deber, será tratado como insurgente.

»ART. 2.º En cada ciudad, villa ó cabecera del partido, se nombrará por los generales respectivos, un comandante de armas reuniéndole, si pudiere ser, la jurisdicción real, á fin de que no haya más que un jefe y se eviten competencias y retardos, quien inmediatamente formará un cuerpo urbano de caballería, ó infantería, según las proporciones del país, en el que servirán sin excepción todos los vecinos honrados, según su clase; y si alguno (que no lo espero) se resistiese, por este solo hecho, se le desterrará por mal patriota, á cincuenta leguas de su domicilio.

»ART. 3.º Estos cuerpos se armarán, por ahora, con las armas dispersas por los pueblos, que el comandante dispondrá que se recojan, y con lanzas y machetes los que no las alcancen.

»ART. 4.º De cada uno de estos cuerpos, harán el servicio diario ciento, ó ciento cincuenta hombres, á quienes se pagará con respecto al país, formando al efecto un fondo de arbitrios provisionales, y si no los hubiere, se formarán de una contribución forzosa, que con equidad y según las facultades de cada uno, arreglará el cabildo, nombrando al efecto una comisión de tres individuos que merezcan su confianza, y un tesorero en cuyo poder entren los caudales.

»ART. 5.º Con esta fuerza permanente, harán observar los comandantes militares y jueces reales la más exacta y severa disciplina, arreglándose á los bandos de la materia, y á las circunstancias, en concepto de que les resultará el más estrecho cargo si no lo hicieren.

»ART. 6.º Lo restante del cuerpo urbano se ejercitará los días de fiesta en el manejo de las armas, y estará siempre pronto para reunirse.

»ART. 7.º Todo el vecindario se alistará por barrios al cargo de un juez mayor, incluyendo en el alistamiento á todo hombre en estado de tomar armas, y será de la obligación de éste, el reunirle con las que pueda; y en defecto de todas, con hondas y piedras, y presentarle puesto á su cabeza al comandante militar cuando se le pida.

»ART. 8.º A cada uno de estos barrios ó sus reuniones, se nombrará un eclesiástico que inspire confianza por su virtud y patriotismo, á fin de que le sirva como de director, le exhorte y anime en todas ocasiones.

»ART. 9.º En cada hacienda de los respectivos partidos, formarán sus dueños una compañía de cincuenta hombres en los términos expuestos para los pueblos, que la mandará un capitán con los respectivos subalternos. En las de menos consideración, una de treinta al cargo de su alférez, y en los ranchos una escuadra de seis ú ocho al cargo de un sargento.

»ART. 10. De todas tendrá lista el comandante de armas de la cabecera, y todos vigilarán en los caminos de su distrito, arrestando á los sospechosos, y dándole parte de cuanto ocurra respectivo al objeto, y digno de su noticia; y si de ellas resultare que se reuna alguna gavilla de bandidos, dispondrá el comandante que á la fuerza de la cabecera, se reuna la de todas ó parte de las haciendas, según fuere la necesidad, y saldrá á dispersarlos, y castigar á los delinquentes.

»ART. 11. Saldrán también, si fuere necesario, los barrios de las cabeceras con sus respectivos jueces: aun cuando no lo sea se mantendrán reunidos, bien que ocupados de sus atenciones, y el

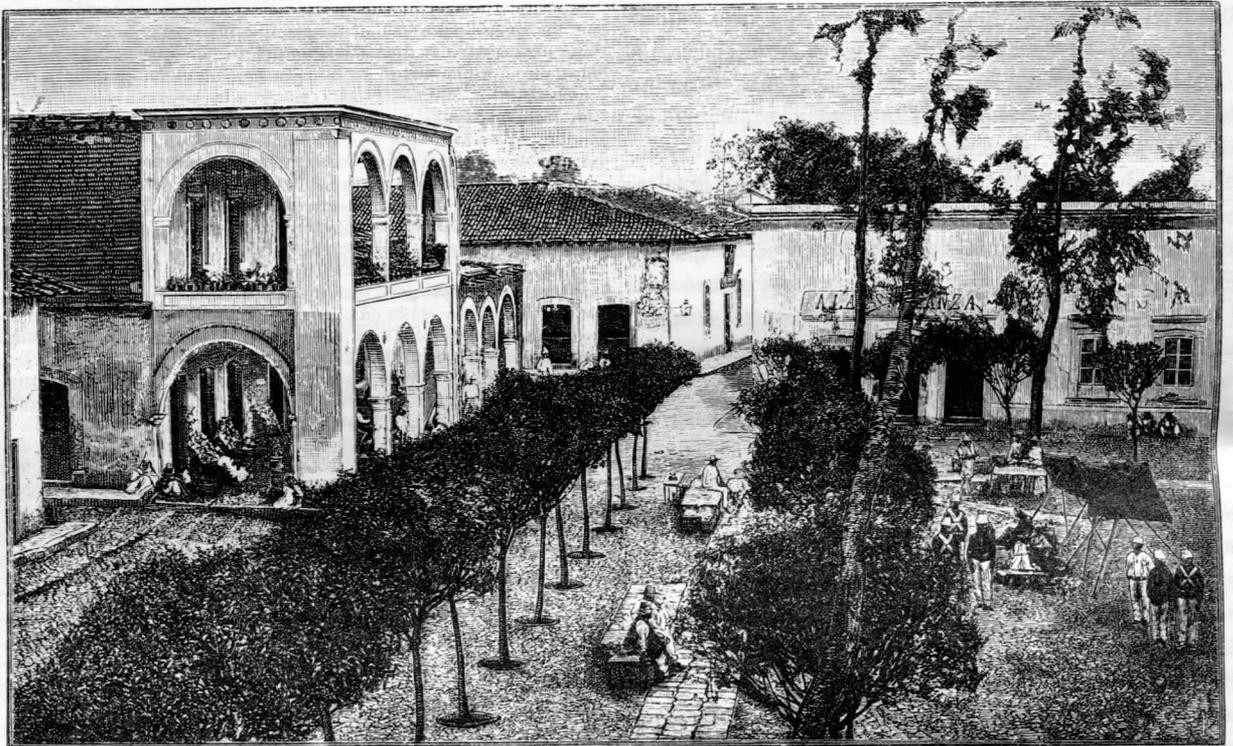
¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 359, edición de 1850.

² Los partes oficiales de estas refriegas se publicaron en los números de la *Gaceta* correspondientes á los días 30 de abril y 10 de mayo de 1811.

Venegas, se llevó á ejecución, y él vino á ser la organización militar que tuvo en lo de adelante la colonia. En el oficio que dirigió su autor á este alto funcionario vaticinaba con gran perspicacia el peligro en que este mismo plan podía poner al gobierno vireinal: «El proyecto, decía Calleja, llevado á efecto extingue la revolución, pero no carece de inconvenientes, y el principal consiste en armar el reino; ordenándole de modo que si se convierte contra nosotros en algún tiempo, puede darnos mucho cuidado.» La causa realista contó así á millares sus defensores armados; se reforzó su ejército veterano, al que pasaban los que más se distinguían entre los *realistas fieles* ó *patriotas de Fernando VII*,

nombres adoptados por los miembros de estas milicias, y dando ejemplo á los independientes, que no tardaron en adoptar y prescribir ese plan en los pueblos que les obedecían, puede decirse que á partir de 1811 la Nueva España estuvo armada y apta para volver la espada contra quienes se la habían puesto en las manos.

La realización del proyecto de Calleja exigió que las tropas en campaña se distribuyesen de una manera más conveniente. A fin de resguardar á Zacatecas de cualquiera intentona, propuso aquel entendido jefe que los *cañones* de Colotlán, Tlaltenango y Juchipila, por donde esa ciudad podía ser invadida, debían ser cubiertos por las tropas de *Provincias internas* al mando de los



Plaza principal de la heroica ciudad de Zitácuaro en el Estado de Michoacán

(Antigua intendencia de Valladolid)

tenientes coroneles López y Ochoa, y en consecuencia, escribió al comandante general don Nemesio Salcedo para que considerase esos puntos como fronteras de la zona de su mando, ya que su sistema había sido el de mantenerse á la defensiva. Para ocupar la entrada de esos *cañones* por la parte de Nueva Galicia púsose de acuerdo con el brigadier Cruz, con el objeto de que fuerzas de ambas divisiones los franqueasen con frecuencia, debiendo hacerse lo mismo por el rumbo de la Piedad

y de Zamora, confinante entre Nueva Galicia y Michoacán. «A este fin, dice Alamán, marchó Emparán con su división á situarse en Lagos, desde donde en comunicación con Negrete, que con las tropas de Guadalajara había de acercarse en aquella dirección, acabaría de desbaratar los restos de Rayón, auxiliaría las operaciones de Trujillo en Michoacán, y dirigiéndose luego á Querétaro y Guanajuato recogería las platas existentes en esta ciudad para conducir las á México juntas con las de Zaca-

individuo que falte en estos casos sin muy justificado motivo, será sin remisión tratado como insurgente,

»ART. 12. La prohibición de armas de toda especie y á toda clase de personas que no sea militar, es absoluta, y á fin de distinguirlos, cada individuo de estas compañías llevará siempre consigo una certificación firmada por el capitán respectivo, y revisada por el comandante militar de cada cabecera.

»ART. 13. Al que se le encuentre con ellas sin este requisito,

las perderá, y por la primera vez sufrirá la pena de seis pesos de multa, que con cuenta justificada se aplicará al fondo del cuerpo urbano de la cabecera, doce por la segunda, y destierro á cincuenta leguas por la tercera.

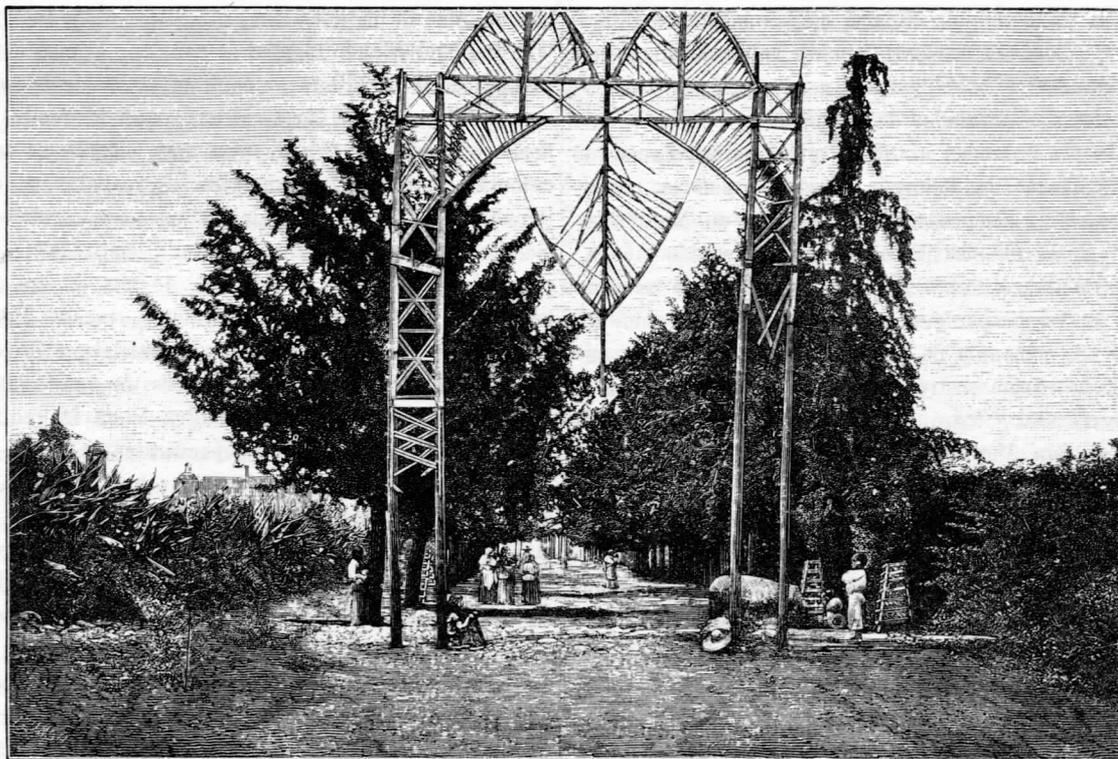
»ART. 14. Los arrieros y otros que necesiten herramienta, usarán únicamente de la hacha, y de un cuchillo corto y sin punta para cortar las reatas.

»Agascalientes 8 de Junio de 1811. — Félix María Calleja.»

tecas y Durango, llevando al mismo tiempo cantidad de ganados de que carecía la capital para su abasto, y cuya falta comenzaba á hacerse sentir. Dejando así barrido cuanto quedaba á su espalda, el ejército debía estacionarse de Lagos á Querétaro en la provincia de Guanajuato, en la que estaban ya las divisiones de Campo y Linares, de modo que permaneciendo en el país de más interés y abundancia, se hallase al mismo tiempo en disposición de ocurrir al auxilio de las divisiones que debían operar al norte y al sur de la línea, cubierta la espalda por el ejército de reserva de Nueva Galicia, dándose la mano con la división de García Conde, situada en San Luis, que estaba en contacto con las tropas de

Arredondo en Nuevo Santander, al paso que el camino de Querétaro á México estaría cubierto por las fuerzas destinadas por el virey á su resguardo ¹.”

La orden de Venegas dada á Emparán para reducir á Zitácuaro, modificó sensiblemente la distribución de fuerzas dispuesta por Calleja y contrarió en grado sumo á este experto militar, que vió reducidas sus tropas, en virtud de esta disposición, á mil y quinientos hombres escasos, pues que las divisiones de García Conde y Linares le habían sido quitadas con anterioridad para que operasen en otros rumbos. Por su parte, Emparán, convencido de las dificultades que presentaba la empresa que se le encomendó, no quería afrontarla sin tomar de



Paseo de la Calzada en la heroica ciudad de Zitácuaro del Estado de Michoacán
(Antigua intendencia de Valladolid)

antemano todas las precauciones y medidas que le asegurasen un éxito completo. Situado en Maravatío ocupóse en reponer el montaje de su artillería, en acopiar víveres y en adquirir, por medio de espías, todas las noticias que necesitaba para instruirse del verdadero estado de defensa de Zitácuaro.

Impacientaba á Venegas esta demora del prudente Emparán y manifestaba su disgusto en el oficio que con fecha 17 de junio dirigía al brigadier Calleja: “Acompaño á V. S., decíale, los oficios de once y trece que acabo de recibir en estos momentos del coronel Emparán. Ellos, como los anteriores, comprueban hasta no poder más, que este jefe con diligencias inconducentes de repetición de espías, pinturas fantásticas y acomodadas á la inacción, no piensa en verificar la operación que se le

tiene encargada; y aun podemos temer, que si obligado de nuevas y terminantes prevenciones que yo le haga, emprende su verificación, que sea de un modo débil que produzca perniciosos resultados. Es, pues, indispensable que V. S. venga á hacerse cargo de la expedición de Zitácuaro...” Y en otra comunicación decía también Venegas que había prevenido á Castro, que sin dejar entender el motivo, estimulase á Emparán, *para que obrase de una manera digna de las tropas que mandaba* ².

Calleja, previendo quizás un lazo en la insinuación del virey para que tomase el mando de la expedición

¹ ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, págs. 277 y 278.

² BUSTAMANTE. — *Campañas de Calleja*, págs. 123 y 124. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 362, edición de 1850.

contra Zitácuaro, y cuidadoso de no marchitar sus laureles en una empresa de éxito difícil, representóle los inconvenientes que resultarían de que abandonase á Guanajuato, para cuya ciudad estaba á punto de dirigirse (y adonde llegó en efecto el 20 de junio); el estado en que se hallaba su cuerpo de ejército; la estación de aguas que le obligaría á marchar con lentitud teniendo que vencer grandes obstáculos en la larga distancia de ochenta leguas; lo expuesto que quedaría el reino si el resultado era adverso, y lo importante que era llenar las bajas, componer el armamento y reponer la caballada, todo lo cual demandaba tiempo; por lo que terminaba indicando que se confiase la expedición al teniente coronel don Torcuato Trujillo, que residente con sus fuerzas en Valladolid se hallaba más inmediato á Zitácuaro, ó que si él mismo (Calleja) había de dirigirla, debería demorarse hasta ponerse en estado de hacerla con grandes probabilidades de triunfo ¹.

Hubo de entender al fin el pundonoroso Emparán las desconfianzas de Venegas, y guiado por su honor militar precipitó sus preparativos saliendo de Maravatío al frente de la división que allí se había reunido y cuya fuerza ascendía á 2,000 hombres de las tres armas. Al cabo de dos días de penosa marcha (21 de junio) y abriendo una compañía de gastadores el camino que en varias partes había obstruido el enemigo con corpulentos pinos derribados, logró la tropa realista salir de la cañada de San Mateo y tomar posición á la vista de Zitácuaro, en la loma de los Manzanillos.

Apenas avistada la división de Emparán comenzó á sufrir descalabros: dos compañías destacadas de ella para proveerse de víveres y forrajes fueron acometidas por las fuerzas de Rayón en el pueblo de San Mateo, y tan completamente destrozadas que no se salvó ni un solo hombre, perdiendo además los equipos, las armas y una bandera. Dispuso Emparán que se tomasen unas alturas, pero después de repetidos ataques se retiraron en dispersión sus batallones y escuadrones ². Amaneció el 22 de junio, y con la luz del nuevo día comenzó el combate con más vigor y ardimiento: formados los realistas en dos líneas, ocupaba el centro de la primera un batallón de Nueva España al mando del teniente coronel Castro, la derecha un batallón de la columna de Granaderos á las órdenes de don Joaquín Castillo y Bustamante, y la izquierda el coronel Iberri al frente del primero de la *Corona*. Los escuadrones de dragones de México y San Luis mandados por don Gabriel Armijo apoyaban ambas alas, y la artillería se repartió en toda la longitud de esta primera línea de batalla. La segunda se componía de cien infantes de Celaya con dos piezas de artillería á las órdenes del comandante Alonso, una

compañía de tiradores de Río Verde y el escuadrón de dragones de San Carlos; el parque y los bagajes fueron colocados entre las dos líneas.

Apareció así formada la división realista por el punto de la Presa. Rayón, por su parte, determinó esperar el asalto fuera de la villa, y comenzó á poner en práctica un plan de señales acordado anticipadamente. No eran sus tropas en número y calidad superiores á las de Emparán, pero aventajaban á éste en artillería, contando entre sus cañones tres muy buenos quitados á Torre que se distinguían con los nombres del *Pelicano*, el *Leon* y el *Fuego*; y sobre todo, tenían á sus espaldas fuertes parapetos desde los que podían hacer una porfiada resistencia. Momentos después de haberse empeñado la acción, uno de los jefes independientes, don José María Oviedo, equivocando el plan de señales, avanzó antes de tiempo con la caballería, y cayó impetuosamente sobre el centro de la primera línea realista, que lo recibió á pie firme y lo desbarató en momentos. Rayón se replegó entonces á la villa, siguiéndole los realistas, á quienes infundió grandísimo brío la ventaja que acababan de alcanzar. Hízose general la batalla en toda la línea, peleóse todo el día con bravura de una y otra parte, pero llegó la noche sin que hubiese logrado Emparán trasponer el profundo foso que circundaba á Zitácuaro, cayendo muertos algunos centenares de sus soldados y combatiendo los demás con el agua hasta la rodilla en terrenos que anegaron los independientes.

Desalentados y maltrechos se retiraron los realistas, ya entrada la noche, á la loma de los Manzanillos, donde la lluvia que caía á torrentes aumentó sus sufrimientos después de veinticuatro horas de rudísima fatiga ¹. Al día siguiente Emparán, con la corta fuerza que pudo reunir, emprendió la retirada. Esta fué desastrosa: inundada de enemigos la comarca, intransitables los caminos por las continuas y copiosas lluvias, escasos los víveres y los forrajes, teniendo los realistas que combatir á cada paso, rendidos de fatiga, y careciendo de lo más necesario para ellos y para sus caballos, llegaron á Toluca en el estado más deplorable. El mismo Emparán, agravada la herida que meses atrás recibió en el puente de Calderón, estuvo á punto de muerte en el convento del Carmen donde se alojó. Tamaño desastre, en el que Venegas tenía gran culpabilidad por haber precipitado el ataque, acrecentó, sin embargo, su prevención contra Emparán, y apenas supo que éste había llegado á Toluca con los restos de su vencida división, envió á esa ciudad

¹ Bustamante y Mora dicen que Rayón se valió esa noche de una estrategia que completó la derrota y dispersión de los realistas: reunió todos los asnos que había en el lugar, mandó que á cada uno se le pusiese un farol con una vela encendida, y en esta disposición hizo que los arrojasen en tropel sobre los soldados de Emparán que, abatidos é ignorando lo que aquello era, se dispersaron ante este singular ataque. Emparán dice, sin embargo, en su parte que *aquella noche no ocurrió novedad*. El autor de la *Biografía de Rayón* en los *Hombres ilustres mexicanos* dice con este motivo que no era fácil para Emparán la confesión de que sus tropas se habían espantado con unos borricos.

¹ BUSTAMANTE. — *Campañas de Calleja*, pág. 125.

² J. M. L. MORA. — *México y sus revoluciones*, tomo IV, página 186 — *Biografía de Rayón*. (*Hombres ilustres mexicanos*, tomo III, pág. 515).

al brigadier conde de Alcaraz con el encargo no sólo de pasar revista á las tropas, sino de averiguar si era ó no cierta la enfermedad de Emparán ¹, y de instruir expediente informativo sobre su conducta; y aun después de terminada la información, que dejaba á este último libre de toda responsabilidad, insistía el virey en sus preven- ciones y escribía por esos días á Calleja, *que el mal éxito del ataque á Zitácuaro era un problema*. Apenas curada su herida, Emparán, perseguido por tan injusta aversión, solicitó volver á España, como lo efectuó á poco, y allí murió retirado del servicio de las armas ².

Antes de continuar refiriendo las disposiciones y actos de Rayón después de su brillante triunfo sobre la división de Emparán, debemos decir lo más importante que había ocurrido desde febrero hasta julio de 1811 en el resto del territorio michoacano y en la extensa Nueva Galicia.

La rota de Calderón arrojó á tierras de Michoacán á varios jefes independientes de alguna importancia, entre los que descollaba don Manuel Muñiz, á quien antes hemos visto ejercer las terribles funciones de matador de los españoles presos en Valladolid. Estableció sus cuar- teles en Tacámbaro, pero desalojado el 14 de febrero por el comandante realista don Felipe Robledo, se vió obligado á refugiarse en la *tierra caliente*, donde se rehizo para entrar de nuevo en campaña. Un mes más tarde (13 de marzo) otro comandante realista, don Juan Sánchez, jefe del batallón de Cuauhtitlán, desbarataba una gruesa partida de insurgentes en las inmediaciones de Puruándiro. Pero ni éste ni Robledo podían alcanzar la completa pacificación de aquel fragoso suelo, que era el abrigo de numerosos jefes derrotados en otras provin- cias. Mirando Trujillo, que era el comandante militar de Valladolid por haber vuelto á México el mariscal de campo don García Dávila, cuán infructuoso era el medio de perseguir unas partidas que desbaratadas en un punto se formaban en otro, quiso probar el de la intimi- dación, y al efecto dirigió en 3 de mayo una proclama á los habitantes de la provincia invitando al indulto á los que no soltaban las armas de la mano, y ofreciendo premios y recompensas á los que denunciasen á los perti- naces; pero amenazaba á éstos con terribles penas y prevenía que serían quemados los pueblos, confiscadas las propiedades y extinguidas las *repúblicas* de indios donde quiera que hallasen abrigo los independientes, teniéndose por prueba suficiente del delito de *infidencia* para la aplicación de estas penas el hecho de encontrar las casas cerradas, sin legítima causa, á la entrada de las tropas reales en alguna población.

¹ BUSTAMANTE. — *Campañas de Calleja*, pág. 126. — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 366.

² «Era Emparán de familia distinguida, todos sus hermanos habían servido en el ejército ó la marina, y dos de ellos perecieron en la fragata que se voló al ir con otras de Buenos Aires con los caudales que los ingleses tomaron en plena paz en 1806.» — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 367. Emparán fué uno de los pocos jefes realistas valientes en el combate y humanos y compasi- vos después de la victoria.

No obstante estas terribles disposiciones, á fines de mayo amagaban á la ciudad misma de Valladolid las guerrillas del padre Navarrete, Muñiz, Torres, Huidobro, Carrasco, Salto y Ramos, sin contar otras muchas al mando de jefes de menor importancia. Reunidas varias de estas partidas á las órdenes de Torres rechazaron bravamente el 27 de aquel mes al comandante realista Robledo, quien salió á batirlas por el camino que conduce á Pátzcuaro, donde se hallaban apostadas. Dos días después se presentaron á la vista de Valladolid cubriendo las alturas que dominan la ciudad y situando en ellas veinticinco piezas de artillería, con las que rompieron vivísimo fuego desde las primeras horas del día 30. Eran ya dueños los independientes de una de las entra- das, cuando se presentó una división realista al mando de don Antonio Linares, destacada á toda prisa de Guanajuato, la que cargó denodadamente sobre los asal- tantes quitándoles dos piezas de artillería y arrojándolos en desorden á las lomas de Santa María. En esta acción quedó herido en un brazo el valiente Torres, quien se vió obligado á retirarse dos días después de la acción.

Linares y el conde de San Pedro del Álamo salieron entonces de Valladolid con orden de sorprender algunas de las partidas que pululaban en los alrededores. Avanzó el primero hasta Cuitzeo, donde en la madrugada del 6 de junio desbarató completamente una guerrilla, y el segundo llegó á Huandacareo sin encontrar enemigos que combatir; pero ávido de trofeos en su primera campaña aprehendió é hizo ahorcar sin demora al teniente de justicia de aquel lugar, acusado de haber concurrido á las principales acciones desde que estalló la revolución de independencia.

Retirados los principales jefes independientes á Tacámbaro y mal herido don José Antonio Torres en el ataque del 30 de mayo, tomó el mando superior Muñiz, quien trabajó sin descanso en reorganizar su tropa, logrando reunir cuatro mil hombres y veintidós piezas de artillería ¹.

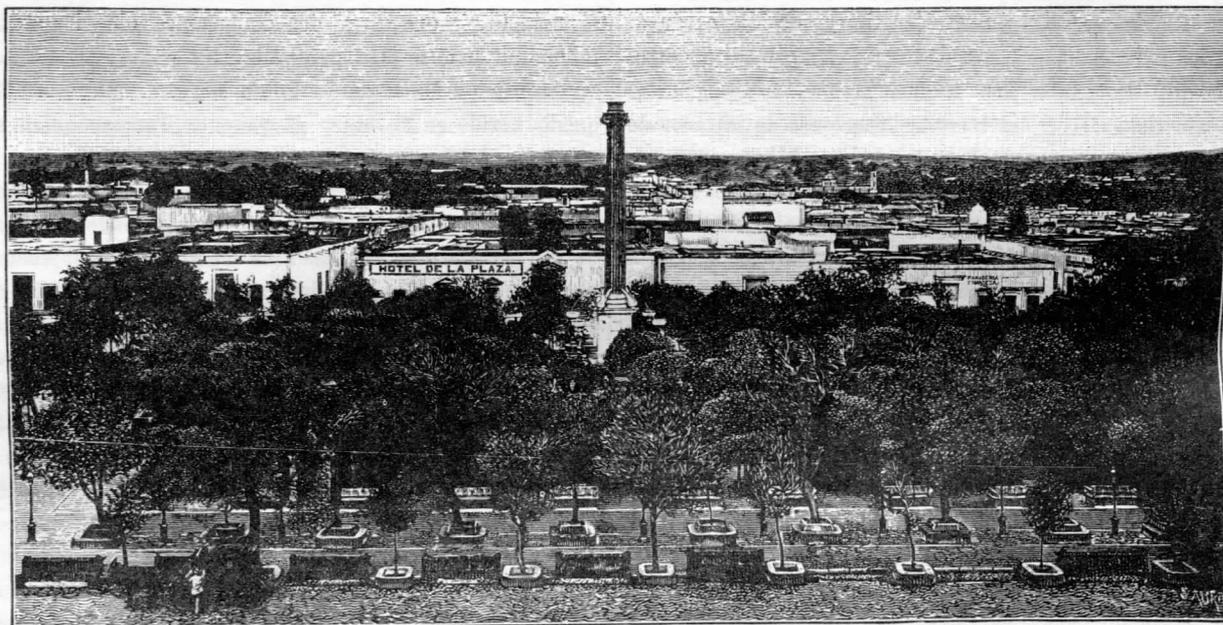
Estaban aquéllos armados de hondas, lanzas y machetes, y para suplir la falta de fusiles mandó Muñiz que se fundiesen algunos de bronce, excesivamente pesados, que se disparaban con mecha como los antiguos arcabuces, necesitándose dos hombres para el manejo de cada uno. Así apercebido marchó de nuevo Muñiz hacia Valladolid, presentándose el 19 de julio en las lomas de Santa María y en las eminencias situadas al sur de la ciudad. Las diversas secciones de su mal armada división quedaron al mando de Villalongín, Salto, Cagiga, el padre Navarrete y don Juan Pablo Anaya.

¹ BUSTAMANTE — *Cuadro histórico*, tomo I, pág. 285, segunda edición. Alamán afirma, según los partes de Trujillo relativos al segundo ataque de Valladolid y publicados en los números de la *Gaceta* correspondientes á los días 30 de julio y 5 y 7 de setiembre de 1811, que Muñiz reunió doce mil hombres con cuarenta cañones. Siendo proverbial la inexactitud de los partes de Trujillo, adopta- mos las cantidades consignadas por Bustamante.

Al día siguiente Muñiz dirigió á Trujillo una intimación concediéndole veinticuatro horas de término para que entregara la plaza. El 21, después de circunvalar enteramente la ciudad, mandó romper el fuego de cañón, que hizo poco daño por lo alto de la puntería. «Un soldado de Trujillo llamado Pelayo, dice un historiador, escribió con este motivo una carta á Muñiz diciéndole que advirtiese que sus cañones estaban mal servidos, pues el estrago lo habían causado en las torres de la ciudad: denunciólo el que llevaba la carta, y Pelayo fué fusilado al instante en la plaza, cuyo cadáver quedó colgado de la picota y se le puso sobre la espalda dicha carta ¹.»

En la mañana del 22 una gruesa columna mandada por el mismo Muñiz se desprendió de las lomas de Santa

María bajando hasta la hacienda del Rincón con el manifiesto propósito de atacar por el lado del sur. Trujillo organizó inmediatamente una fuerza de caballería, y poniéndose á su frente cargó con bizzarria sobre los independientes, logrando rechazarlos hasta su línea primitiva y tomarles ocho piezas de artillería. En tanto que el comandante de la plaza desvanecía por este lado el peligro, grande era el que amenazaba á las otras garitas de la ciudad atacadas con bravura; la de Santa Catalina, embestida por Anaya, fué desamparada por la tropa que la defendía, cayendo en poder del jefe independiente los dos cañones allí situados; la de Chicácuaro se hallaba también reciamente apretada; en el centro de la ciudad corrió de repente el rumor de que todos los puntos habían sido tomados, y un pánico profundo se apoderó



Aguascalientes

de los habitantes y de no pocos de los defensores que procuraban ocultarse. Trujillo logró reunir algunos soldados y atacó con desesperación á los independientes que se habían apoderado de la garita de Santa Catalina; cedieron éstos, aunque retirándose en buen orden, sin ser molestados por sus contrarios. A este movimiento de la sección de Anaya siguió el de todas las demás tropas de Muñiz, dejando abandonadas las veintidós piezas de artillería que había traído al asedio. Desenlace tan imprevisto llenó de asombro á los habitantes de Valladolid y de grata sorpresa á Trujillo, que veía tornarse su casi segura derrota en triunfo inesperado y poco costoso. «La gente piadosa, dice Alamán, lo tuvo por milagro del Señor de la Sacristía, imagen venerada de aquella catedral; los independientes lo

explicaron por las rencillas y divisiones que había entre los varios jefes que se reunieron para el ataque, no habiendo querido Muñiz proveer de municiones á Anaya y á otros que las habían consumido, por no cederles la gloria del triunfo ¹, y Trujillo atribuyó éste principalmente á la bizzarria del escuadrón de San Carlos que mandaba el capitán español don Miguel Michelena.»

Grandes fueron las pérdidas que en este asalto sufrieron los realistas é intenso el sobresalto de Trujillo,

¹ BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo I, fol 284 — ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo II, pág. 306. Este último dice que el fusilamiento de Pelayo fué el día 22.

¹ «El verdadero milagro consistió en que se acababa ya el parque; en que Muñiz no quiso dar á los comandantes Anaya y otros ni un cartucho de más de treinta cargas que salvó cuando fué derrotado; que se mantuvo espectador de estos sucesos, y lo mismo sus soldados, por no contribuir á la gloria de las columnas americanas vencedoras que tuvieron mejor dirección ó mejor suerte que la del mismo Muñiz: hé aquí el milagro del Señor de la Sacristía: una rivalidad infame, una bajeza digna de eterna execración. La retirada de los americanos se hizo en orden á las lomas de Santa María; á media noche dejaron bien cebadas las luminarias que hicieron para engañar á Trujillo; el ejército se retiró á Acuícho; Trujillo quedó espantado y lleno de vergüenza, á vista de lo que le había pasado.» — BUSTAMANTE — *Cuadro histórico*, tomo I, pág. 258.

temeroso de que los independientes retirados á Acuícho y otros puntos volviesen á combatir la ciudad; tratando en este evento de abandonarla, para lo cual tenía ya reunidas trescientas mulas destinadas á cargar los caudales y parque, de cuyo intento le hizo desistir el aviso de que Linares volvía á marchas forzadas á engrosar la guarnición y de que Castillo y Bustamante, al frente de dos batallones, se dirigía desde Guanajuato á reforzarle.

Indicado dejamos atrás ¹ que el brigadier don José de la Cruz, de vuelta de su expedición á Tepic y San Blas, comenzó á ejercer en Guadalajara, y á fines de febrero (1811), las funciones de comandante general de Nueva Galicia y presidente de la Audiencia. Amplísimo campo se ofrecía á este jefe para desplegar su sanguinosa saña, y apenas se hizo dueño del mando dió nuevas pruebas de aquella ingénita crueldad que ha hecho siniestramente célebre su nombre. Los pueblos de Sayula, Zacoalco y Zapotlán el Grande estaban ocupados por los independientes, y para desbaratarlos hizo salir de Guadalajara el 26 de febrero al coronel don Rosendo Porlier al frente de una gruesa división: «encargar á V. S., le decía el sanguinario Cruz en sus instrucciones, que haga ejemplarísimos castigos con los rebeldes, y en los pueblos donde se ha removido nuevamente la insurrección, sería ofender su modo de pensar y conocimiento. Por tanto, dejo al arbitrio de V. S. el arreglo, orden y sistema que haya de seguir, así después de batidos los enemigos, como para asegurar en lo sucesivo que no vuelvan á levantarse. *No debe perdonarse la vida de ningún rebelde, sea de la clase, condición y edad que fuere.*

«Concluida la expedición de Zacoalco, pase V. S. y recorra todos los pueblos rebeldes que le parezca necesario castigar, por manera que está V. S. autorizado para resolver todo lo más conveniente al servicio del Rey y tranquilización de los pueblos alborotados ².»

No necesitaba, por cierto, el coronel Porlier que se le azuzase contra los independientes. Púsose en marcha desde luego, y después de entrar sin resistencia en Zacoalco avanzó hacia Sayula, en cuya población aprehendió á varios infelices, de los que cuatro fueron pasados por las armas ³. El 3 de marzo encontró al grueso de los independientes mandados por Navarro en la cuesta que conduce á Zapotlán, é inmediatamente dispuso que cargasen los batallones de marina y de Toluca. Tenaz resistencia opuso Navarro, pues desalojado de sus primeras posiciones ocupó el alto de la cuesta, donde se

sostuvo algunas horas haciendo prodigios de valor, hasta que, arrollado por las disciplinadas tropas de Porlier, abandonó el campo retirándose en completa dispersión.

Grande fué el júbilo de Cruz al recibir la noticia del triunfo de Porlier, el cual fué celebrado por orden suya en Guadalajara con repetidas salvas de artillería y

Facsimile de la firma del coronel don Rosendo Porlier

con una solemne misa de gracias, y como si no bastaran las reiteradas instrucciones que tenía dadas á su feroz teniente, deciale al contestar el parte de la acción de Zapotlán: «Llegó el caso *de sembrar la muerte y el espanto por todos los pueblos* donde se ha manifestado de nuevo el fuego rebelde que V. S. persigue con tan feliz suceso, y en atención á que no es de esperar que la canalla fugitiva y totalmente dispersa tenga ya aliento para permanecer reunida, recorra V. S. todos los pueblos rebeldes *y no perdone la vida á ninguno de cuantos pueda haber á las manos.* Las repetidas y últimas órdenes del Exmo. Señor Virey nos previenen sigamos indefectiblemente esta conducta con los malos, así como debemos ser los padres y el amparo de los buenos ¹.» Y en carta particular fechada en Guadalajara el 18 de abril, decía á Calleja: «Vamos á esparcir *el terror y la muerte por todas partes y á que no quede*

Facsimile de la firma del coronel don Manuel del Río

ningún perverso sobre la tierra. He hecho quintar al pueblo de Zapotiltic que asesinó dos soldados: á otra ejecución que haga de esta naturaleza, serán todos cuantos halle. Sepan estos bandidos qué quiere decir *guerra á muerte* ².»

Pero mientras Cruz desplegaba este furor de sangre y de exterminio, y en tanto que por su orden Porlier y

¹ Capítulo XII.

² Instrucciones de Cruz y Porlier fechadas el 25 de febrero de 1811. (Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 223).

³ Uno de éstos, Vicente Damián Hernández, fué fusilado por haber respondido: *América*, al quién vive que se le dirigió. Cruz, al contestar á Porlier, dice que ha recibido con particular satisfacción el extracto del resultado del consejo ejecutivo formado para castigar á la canalla aprehendida. (Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, tomo II, págs. 227 y 228).

¹ Véase este oficio en la Colección de documentos de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 231.

² BUSTAMANTE. — *Campañas de Calleja*, pág. 107. — ALAMÁN. — *Historia de Méjico*, tomo II, pág. 255, edición de 1850. Este último, al llegar á este punto, se atreve á decir: *que los jefes militares nuevamente llegados de España se manifestaban más sanguinarios que los establecidos en el país, y esto se observa en todos los que por entonces hacían la guerra en Nueva Galicia.*

los otros comandantes incendiaban las poblaciones, las entregaban al saqueo y fusilaban á sus moradores, las más veces sin otro motivo que haber estado momentáneamente en ellas los independientes, el fraile dominico Tomás Blasco y Navarro le dedicaba una canción elegíaca sobre los desastres que causó en el reino de Nueva Galicia la rebelión del apóstata Miguel Hidalgo y Costilla, capataz de la gavilla de insurgentes; composición ramplona en la que se ensalzaba al execrable régulo de Nueva Galicia, á costa de la verdad y del buen gusto literario ¹. Y á pesar de los elogios que en ella se le rendían y no obstante que en otras laudatorias de aquel tiempo se le llamaba *pío y clemente*, Cruz rehusaba al cabildo de Guadalajara la gracia de conmutación de la pena capital á que fueron condenados por un consejo de guerra los sacerdotes insurgentes don José Pérez, fray Felipe Conejo y fray Mariano Crozco.

Después de haber entrado victorioso en Zapotlán, el coronel Porlier avanzó hasta Zapotiltic, y el de igual graduación don Manuel del Río, célebre también por sus crueldades, ocupó la villa de Colima, cuyos principales vecinos habían enviado al primero una manifestación en la que protestaban de su acendrado amor á Fernando VII y su fidelidad al gobierno vireinal. Pero la revolución se presentaba amenazadora en Colotlán, territorio que, como hemos dicho, confina con Zacatecas y donde la independencia contaba numerosos y ardientes partidarios. Cruz, en consecuencia, hizo volver violentamente á Porlier, quien entró en Guadalajara al frente de su división á mediados de marzo.

Ya Calleja había enviado contra los independientes de Colotlán al famoso cura de Matehuala don José Francisco Álvarez al frente de una división de tropas de *Provincias internas*. Este entró en el territorio enemigo, y el 27 de marzo sostuvo recio combate á media legua de Colotlán, en el que fué rechazado y herido, retirándose hasta Jerez, donde hizo fusilar á doce prisioneros que pudo tomar á los contrarios ². Esta derrota

¹ Véase esta canción en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, págs. 236 y siguientes. En ella se hallan estos versos:

«...Así, tú, Cruz, salamanquino noble,
Libertador ilustre
De esta patria que en Tí se lisonjea,
Así con igual lustre
Como columna inmoble,
Sustentas la nación que bambolea.
Tú, en aquella pelea
De Zamora que tanto te ha ensalzado,
Cual fuerte religioso Matatías,
Derrotaste á Macías:
De Tí huyendo Mercado
Murió precipitado
Al mirar tu entereza:
Vive, Gran Cruz, jamás olvidaremos
Tan egregia proeza:
A Tí también la libertad debemos.»

² Parte de Álvarez en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 269.

obligó á Cruz á mandar contra la comarca rebelde al distinguido oficial don Pedro Celestino Negrete con la mayor parte de las tropas que acababa de traer Porlier de su expedición al sur de Guadalajara. Más afortunado Negrete que el cura de Matehuala, logró derrotar á los independientes el 7 de abril. Fué la batalla reñida y sangrienta: más de mil quinientos muertos tuvieron en ella los insurgentes, perdiendo, además, tres cañones de madera y las pocas armas de fuego que llevaron al combate; la pérdida de los realistas fué también considerable, y entre sus veintidós heridos se contó el segundo de Negrete, don Bernardo de Salas ¹.

En tanto que esta victoria producía la pacificación del levantado Colotlán, la zona del sur de Guadalajara había vuelto á ser ocupada por los independientes después de la retirada de Porlier. El lego Juanino Gallaga, enseñoreado de Zapotlán, donde había reunido cerca de tres mil hombres y cuatro cañones, resolvió resistir á la división de Negrete enviada en su contra. Trabóse el combate el 6 de mayo en el paraje llamado *Los Cerritos*, quedando victoriosos los realistas y dueños de la artillería de sus contrarios. Gallaga se retiró á la Barca, donde se reunió con el cura Ramos, pero atacado de nuevo por Negrete el 29 del mismo mes, fué desbaratado por completo con gran pérdida de muertos en la acción y ahogados en el río. El pueblo de la Barca fué severamente castigado por el vencedor, porque después de haber sido perdonado auxilió y protegió á los independientes Gallaga y Ramos. Al publicar Cruz el parte de su teniente Negrete dirigía á los habitantes de Nueva Galicia las amenazas de costumbre: «El pueblo de la Barca ha sido diezmado... Esta misma suerte espera á toda población que no obedezca á nuestro amado monarca el SEÑOR DON FERNANDO SÉPTIMO, y al legítimo gobierno que en su ausencia y cautiverio le representa ².» Y pocos días después publicó un bando poniendo precio á las cabezas de los insurgentes ³.

¹ Parte de Negrete en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 271.

² Véase parte de Negrete y proclama de Cruz en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 286, y en la *Gaceta* de 18 de junio de 1811.

³ Véase en la *Colección de documentos* de J. E. Hernández Dávalos, tomo III, pág. 291, el bando citado que concluye con las siguientes disposiciones:

«1.º Que á todo vecino que aprehenda cualquier cabecilla de reunión y lo presente vivo ó muerto se le entregarán inmediatamente quinientos pesos; trescientos por los que con el supuesto título de coroneles están en las gavillas; ciento por todos los que se nombran oficiales, y cincuenta por cada uno de los revoltosos.

«2.º Que el pueblo que después de haber obtenido el perdón de sus extravíos reincidiere en la rebelión serán todos los habitantes criminales de él pasados á cuchillo, sin exceptuar ninguno, cualquiera que sea su clase ó condición.

«La contumacia y el desorden no pueden ya tolerarse ni por los buenos ciudadanos ni por las victoriosas armas del Rey, que dando la última prueba de su generosidad con el perdón que de nuevo ofrecen á los arrepentidos, señalan al país y pueblos que ocupan que su gloria la fundan no en vencerlos, sino en verlos quietos, pacíficos y felices.

«Y para que llegue á noticia de todos, y nadie pueda alegar ignorancia, mando que se publique por bando, y que se circulen los ejemplares correspondientes á quienes toca su inteligencia y obser-

Pero en vano amenazaba Cruz, y en balde él y sus tenientes en Nueva Galicia y Trujillo en Michoacán ejercían la más horrible tiranía sobre los pueblos de ambas intendencias: los habitantes pacíficos, hostigados por las inauditas crueldades de aquellos jefes y que se veían

maltratados sin justicia ni razón, acababan por tomar participio en una causa á la que hasta entonces sólo habían auxiliado con sus votos, y los que desde sus principios la defendieron con las armas en la mano seguían luchando sin tregua ni descanso, prefiriendo caer gloriosamente en los campos de batalla á morir con afrentosa muerte en los cadalsos.

vancia. Dado en Guadalajara á veinticinco de Junio de mil ochocientos once — José de la Cruz. — Por mandado de su Señoría, Andrés Arroyo de Anda.»

CAPÍTULO XV

[Faint, illegible text in the middle section of the page, likely bleed-through from the reverse side.]

[Faint, illegible text in the lower-left section of the page, likely bleed-through from the reverse side.]

[Faint, illegible text in the lower-left section of the page, likely bleed-through from the reverse side.]

[Faint, illegible text in the lower-right section of the page, likely bleed-through from the reverse side.]

[Faint, illegible text in the lower-right section of the page, likely bleed-through from the reverse side.]